

## LOS ÁNGELES EN LA LITURGIA<sup>2</sup>

*Iesus decus angelicum  
In aure dulce canticum  
In ore mel mirificum  
In corde nectar caelicum<sup>3</sup>*

“Jesús belleza de los ángeles  
Dulce canto para el oído  
Miel sublime para la boca  
Néctar celeste para el corazón”

“Nuestro Padre del cielo nos ha llamado y elegido desde toda la eternidad en su Hijo bien amado y ha escrito nuestro nombre con el dedo de su amor, en el Libro de la vida de su Sabiduría eterna. Nos corresponde a nosotros responderle por toda la eternidad con todo aquello de lo que somos capaces, rindiéndole honor eternamente. Aquí se originan todos los cánticos de los ángeles y de los hombres que no se acabarán jamás”<sup>4</sup>.

Después de esta definición elocuente de lo que es la liturgia, Ruysbroec el Admirable<sup>5</sup> nos “describe” las diversas melodías, esas melodías del canto celeste que Cristo, gran *chantré*, entona con voz clara.

En este magnífico concierto, los ángeles naturalmente –¿quién podría dudarlo?– tienen su propia partitura. Esto no tiene nada de verda-

<sup>1</sup> Actual Abadesa de la Abadía Nuestra Señora de Pesquié, Francia.

<sup>2</sup> De la *Chronique des Moniales*, n° 142, septiembre 2001. Traducción del francés de la Hna. María Juan, osb, de la Abadía *Gaudium Mariae*, San Antonio de Arredondo (Córdoba), Argentina.

<sup>3</sup> Estrofa del himno medieval: *De nomine Iesu rhythmus*.

<sup>4</sup> *Les degrés de l'amour, Ecrits I*, Éd. Bellefontaine, p. 206.

<sup>5</sup> Místico flamenco, 1293-1381.



deramente sorprendente. El hecho de que el Cielo esté lleno de música, es evidente. Pero que Cristo, con la armonía musical de las multitudes seráficas, nos invite a unir nuestras pobres voces efímeras y frágiles, ¡esto sí que nos sorprende y nos obliga! Pues Ruysbroec nos lo enseña enseñada: “La primera melodía, es la del amor, amor de Dios, amor del prójimo”. Aquel que se negara a aprender esta melodía no podría ser incluido en este coro de alto nivel. Entonces, queridos lectores, ¡vayan rápidamente a sus partituras y que cada uno, con su pequeño ángel custodio a la derecha, se apresure a aprender el bello solfeo del amor!...”.

### I. Rezar en presencia de los Ángeles: “*In conspectu angelorum*”

En la historia de la liturgia, el culto de los santos se ha desarrollado muy tempranamente, y, lo sabemos, tal o cual fiesta antigua fue el prototipo de lo que se convertiría en el “común”<sup>7</sup> de los mártires, de las vírgenes, de los confesores, etc...

¿Qué sucede con los ángeles? En vano buscaríamos en nuestros libros un “común de los Ángeles” ¡y mucho menos de los Arcángeles o de los Querubines! Y sin embargo, son miríadas de miríadas según la enumeración del Apocalipsis, y un sabio tan piadoso como estudioso no dudó en calcular su número. Es éste: 2 705 325 297 814 995 628 536 548 496 165 479 368 800 000 000 000 000 000 000<sup>8</sup>.

Hubiera sido absolutamente lógico, según esta perspectiva, crear un “común angélico” en el que pudiéramos celebrar con efusión a estas muchedumbres que bullen a nuestro alrededor. Ahora bien, en el calendario litúrgico actual, encontramos solamente dos fiestas en su honor: el 29 de setiembre, que celebra simultáneamente a los Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, y el 2 de octubre, nuestros queridos Ángeles Custodios.

¿Eso es todo? En sentido estricto, parecería así; pero en realidad, la liturgia entera está habitada por la presencia de estos espíritus luminosos. Son por excelencia los corifeos que dirigen su desarrollo y no se trata

<sup>6</sup>RB 19.

<sup>7</sup> «En sus orígenes, las fiestas de los santos tenían todas un formulario propio; pero a medida que se multiplicaron, a partir del siglo VI, ya no podía ser más así. Se llegó pues a formularios que fueron “comunes” a varios santos, a menudo compuestos de fórmulas extraídas de oficios propios» (A. G. MARTIMORT, *L'Eglise en prière*, Ed. 1961, p. 829).

<sup>8</sup> *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie* (t. I, 2155). Dom Henri LECLERQ, quien da esta cifra, agrega, citando a un viejo erudito: “Si alguien tiene una duda, frente a este número enorme, confieso ser incapaz de rehacer el cálculo...”.

tanto de rendirles un culto como de celebrar o incluso “concelebrar” con ellos la gran liturgia eterna.

Nos lo enseña la visión de san Juan. *Escuché el clamor de una multitud de ángeles reunidos alrededor del trono –se contaban por miriadas de miriadas y por millares de millares– y gritaban con fuerte voz: “Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza”*. Es entonces cuando la voz de las creaturas se une a la suya para proclamar el himno del Cordero vencedor. ¡Qué concierto inimaginable! ¡Un concierto potente que hace estremecer al universo entero, un concierto de voces humanas y de voces de ángeles!

Los tesoros milenarios del repertorio de música sagrada lo han testificado ya san Benito en su *Regla* asigna una gran importancia a la celebración de la Obra de Dios. En un capítulo titulado: “De la disciplina del canto”, cita el versículo del salmo: *Te cantaré en presencia de los ángeles*<sup>9</sup>, y prosigue: “Consideremos cómo debemos estar bajo la mirada de la Divinidad y de sus ángeles; y estemos presentes en la salmodia de tal manera que nuestro hombre interior concuerde con nuestra voz”<sup>11</sup>. Exigencia que nos prepara al gran despliegue sonoro de la Parusía, cuando nuestras voces estén en plena armonía con las de los ángeles.

El monje Alcuino desarrolla, en el siglo IX, la idea de san Benito:

“Ésta es la vida de los santos: la alabanza de la bondad de Dios y, en su presencia, el ejercicio de la caridad que nunca cesa, nunca pasa, nunca se cansa; el que se entrega a ella en esta vida mortal adquiere una gran semejanza con los ángeles. Los ángeles de Dios están siempre en las vigiliás alabándolo; y el monje que se dedica a velar en las alabanzas de Dios imita la vida angélica sobre la tierra”<sup>12</sup>.

Vemos que según estas perspectivas de san Benito y de Alcuino, lo importante es rezar con los ángeles, en su presencia, para rendir a Dios solo el homenaje que le corresponde. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo subraya: “De la Encarnación a la Ascensión, la vida del Verbo Encarnado está rodeada de la adoración y del servicio de los ángeles”<sup>13</sup>. Adoración y servicio: son actividades litúrgicas. Los ángeles son pues nuestros modelos

<sup>9</sup> Ap 5,11-12.

<sup>10</sup> Sal 137,1.

<sup>11</sup> RB 19.

<sup>12</sup> Carta 227; PL 100,506.

<sup>13</sup> N° 333.

y nuestros maestros en nuestro oficio de alabanza.

San Justino lo había escrito en su primera *Apología*: “Es a Dios Padre a quien veneramos, a quien adoramos, en espíritu y en verdad, y con Él a su Hijo venido de Él para darnos esta enseñanza, así como el ejército de los otros ángeles que le hacen escolta y se le parecen, es decir los ángeles buenos...”. Ellos son la corte celestial que nos introduce en el Dios Trino y Único adorable.

El repertorio gregoriano expresa esta actitud adorante en un *Responsorio* magnífico cuyo texto está tomado de Isaías. Se trata del *Responsorio Duo Seraphim*: “Dos serafines gritaban el uno hacia el otro: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los Ejércitos. Toda la tierra está llena de su gloria”<sup>14</sup>. Luego por una idea genial, el compositor gregoriano, en vez de proseguir con el texto de Isaías, sin embargo muy bello, ha preferido hacer cantar a los cantores este magnífico versículo de san Juan: “Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres no son más que uno”<sup>15</sup>.

Y henos aquí arrastrados como a pesar nuestro tras estos dos Serafines, cuyo nombre evoca el fuego –“los ardientes”–, al umbral del inmenso misterio trinitario que capta toda la atención de las creaturas angélicas. Esto es lo que expresa el *Prefacio* de los Ángeles: “ya que el honor que tributamos a las creaturas angélicas, agradables a tus ojos, redunda en tu gloria y proclama tu grandeza; pues, si es digna de admiración la creatura angélica, lo es inmensamente más aquél que la creó”. Aquí está dicho todo.

San Bernardo, tan elocuente cuando habla de sus hermanos los ángeles, evoca así su contemplación: “Viendo al Dios de los ejércitos reinar en el universo con tanta serenidad, estos ángeles (las Dominaciones), en el estupor de esta contemplación tan intensa y tan dulce, pero con la sensación de ser arrebatados en el océano inmenso de la luz divina, se retiran al descanso profundo de una maravillosa paz interior”<sup>16</sup>. No hay gritos ni clamores, sólo el estupor que se consume en el silencio. Éstas son además, dos actitudes extremas entre las que oscila toda liturgia que, comenzando en un despliegue de expresiones jubilosas y meditativas, debe conducirnos hacia ese reposo profundo de un arrebatado interior.

Espejos vivientes de las perfecciones divinas, iluminadores, según la enseñanza del Pseudo Dionisio, los ángeles son nuestros mejores pedagogos en el arte eminente de la oración bajo todas sus formas. Antes de

<sup>14</sup> *Is* 6,3.

<sup>15</sup> *1 Jn* 5,7 (*Vulgata*).

<sup>16</sup> *Sermon XIX sur le Cantique*, trad. Albert Béguin, ed. Seuil, p. 234.

abocarnos a las fiestas específicamente angélicas y sus repertorios, quisiéramos mostrar hasta qué punto están presentes en lo que constituye el polo de toda liturgia: el santo Sacrificio de la Misa.

## II. En la Misa

En su exhortación para la “Elevación del alma a Dios por la Oración y los Sacramentos”<sup>17</sup>, dirigida a su querida Filotea, san Francisco de Sales, a propósito del “sol de los ejercicios espirituales” –la Misa–, escribe: “Procura, pues, con toda diligencia oír todos los días Misa para ofrecer con el sacerdote el sacrificio de tu Redentor a Dios, su Padre, por ti y por toda la Iglesia. Allí están presentes muchos ángeles, como dice san Juan Crisóstomo, para venerar este santo misterio; y así, estando nosotros con ellos y con la misma intención, es preciso que con tal compañía recibamos muchas influencias propicias. En esta acción divina se vienen a unir a nuestro Señor los Coros de la Iglesia triunfante y los de la Iglesia militante, para embelesar, con Él, en Él y por Él, el corazón de Dios Padre y apoderarse de toda su misericordia”<sup>18</sup>.

Los ángeles están presentes y en plena actividad, como vamos a ver a continuación.

Desde el *Confiteor*, nuestro arrepentimiento toma por testigos a los ángeles junto a Nuestra Señora. En la antigua versión, el Arcángel Miguel, nuestro aliado tan poderoso en la lucha contra Satanás, san Juan Bautista y los santos Apóstoles también eran invocados.

### *El Gloria*

En las misas dominicales y de las fiestas, con los ángeles cantamos la gran doxología del *Gloria in excelsis Deo*.

Himno de origen oriental, este canto está atestiguado a partir del siglo V. Encontramos el texto griego en las Constituciones Apostólicas y en el final del *Codex Alexandrinus*. L. Duchesne escribe<sup>19</sup>: “Era un himno matinal; formaba parte del Oficio de Maitines. En Roma se introdujo pri-

<sup>17</sup> *Introducción a la Vida Devota*, 2da. Parte.

<sup>18</sup> *Ibid.*, cap XIV.

<sup>19</sup> *Origines du culte chrétien*, 4ª edición, Paris, 1908, p. 169.

mero en la Misa de Navidad que se celebraba antes del amanecer<sup>20</sup>. El Papa Símaco extendió su uso a los domingos y a las fiestas de los mártires pero solamente en la misa episcopal”.

Es por excelencia el himno de los ángeles cuyo *Incipit* nos ha entregado el evangelista Lucas en la noche sagrada de Navidad: «Y junto con el Ángel, apareció de pronto una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres amados por él!”»<sup>21</sup>. ¿Valoramos suficientemente la posibilidad extraordinaria que tenemos, después de dos milenios, de hacer resonar aún, por nuestra voz, este canto angélico que celebra ante todo una epifanía de paz? ¿Que nuestras noches puedan ser iluminadas de esa forma!

Según una idea cara a san Gregorio Magno, este canto debería restituirnos nuestra dignidad de conciudadanos de los ángeles. En una homilía pronunciada en Navidad, muestra hasta qué punto nuestro estado de pecadores nos ha vuelto extraños a Dios y por lo tanto en discordia con los espíritus celestes. Los ángeles nos miraban en cierta forma como poco tratables, pero la venida del Redentor en nuestra carne restableció las relaciones. La idea se vuelve a encontrar en las pinturas de los grandes maestros. San Gregorio nos dice: “Dado que hemos conocido a nuestro Rey, los ángeles nos reconocen como sus conciudadanos”. Este debería ser el fruto, y no el menor, por nuestro fervor al cantar el *Gloria* en la Misa.

### *El Prefacio y el Sanctus*

Hay otro momento muy importante que nos ofrece la posibilidad de unir nuestras voces a la de las milicias celestes. Se trata del Prefacio seguido del *Sanctus*.

“En él, en primer lugar, se nos hace en cierta forma escuchar sus cánticos”, hace notar Jungmann. “Lo que nos sorprende —continúa diciendo—, es que ellos mismos, como lo afirma el prefacio común, son ofrecidos por Cristo: *per quem majestatem tuam laudant angeli*”<sup>22</sup>.

Con anterioridad, el larguísimo *Prefacio* de las “Constituciones apostólicas” se termina con los nombres de los diversos jefes de la milicia celeste, que, todos juntos con otros mil millones de ángeles cantan sin

<sup>20</sup> Philippe BERNARD piensa que este deslizamiento de *Laudes* a la Misa se ha efectuado más bien en el curso de la liturgia pascual. Cf. *Du chant romain au chant grégorien*, Le Cerf, pp. 76-78.

<sup>21</sup> *Lc* 2,13-14.

<sup>22</sup> *Por quien los ángeles alaban a tu Majestad, Missarum solemnia*, t. III, p. 36.

cesar “Santo, santo, santo...”:

“Y te adoran los ejércitos innumerables de Ángeles, de Arcángeles, de Tronos, de Dominaciones, de Principados, de Potestades, de Virtudes, de Serafines y de Querubines de seis alas... Ellos proclaman con mil miríadas de arcángeles y diez mil miríadas de ángeles, con una voz infatigable y sin fin, y todo el pueblo canta con ellos: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los Ejércitos: cielo y tierra están llenos de tu gloria. ¡Que él sea bendito por los siglos! *Amén*”<sup>23</sup>.

En las liturgias griegas, con una redundancia de expresiones magníficas, los Prefacios alaban al Dios “tres veces santo, rodeado de miríadas de ángeles, de sublimes y altísimos serafines y querubines provistos de seis alas y de gran cantidad de ojos, que cantan levantando extremadamente la voz el Himno triunfal: Santo, santo...”<sup>24</sup>.

En cuanto al rito galicano, éste designa el Prefacio con el término sugestivo de *Contestatio*, que significa que se toma por testigo del Sacrificio que va a ser ofrecido a las potestades del cielo, los arcángeles y los ángeles.

No podemos examinar aquí más ampliamente este tema, pero es muy interesante mirar en nuestros prefacios (del rito romano) las diversas fórmulas que evocan esta especie de concelebración entre los serafines y nosotros.

En cuanto al *Sanctus*, inseparable del Prefacio, y que los Griegos llaman *Trisagion*, nos hace entrar literalmente en esta gran visión de Isaías. El *Responsorio Duo Seraphim* del que hemos hablado anteriormente –aparecido, ciertamente, más tarde en la liturgia– está en perfecta armonía con este canto venerable y antiguo del *Sanctus*. Nos recuerda que son los Serafines con seis alas cada uno los que lo cantan. El momento es todavía más solemne y terrible que durante la gozosa noche de Navidad. “Los fundamentos de los umbrales temblaron al clamor de su voz, y la Casa se llenó de humo”<sup>25</sup>. El *Sanctus* exige una solemnidad y un temor reverencial absolutamente particulares.

<sup>23</sup> *L'Eucharistie dans l'Antiquité chrétienne*, p. 64. Textos seleccionados y presentados por A. Hamman, Col. Ichthus, DDB, 1981.

<sup>24</sup> Cf. *Dic. Migne Encyclopédie Théologique*, t. VIII, «La Liturgie», art. “Préface”.

<sup>25</sup> *Is* 6,4.

### *El ángel del sacrificio*

Es evidente que después de habernos arrebatado de ese modo en su eminente alabanza, los espíritus celestes permanecen allí, rodeando el altar en el momento del Sacrificio Eucarístico. San Ambrosio, comentando la aparición del Ángel a Zacarías, exclama: “También nosotros, cuando estamos en el altar, ofreciendo el sacrificio, un ángel viene para asistirnos y ¡mejor aún que si se presentara a nuestra vista! No debes dudar de que un ángel te asiste cuando Cristo está él mismo allí, cuando Cristo mismo es inmolado”<sup>26</sup>.

El *Canon Romano* menciona al Ángel del sacrificio que transporta nuestros dones místicos del altar terrestre al del cielo: “Te suplicamos, Dios todopoderoso, que estas ofrendas sean llevadas por las manos de tu santo Ángel, allá arriba sobre tu altar, en presencia de tu divina Majestad”. La gran cuestión es saber cual es este Ángel... Dom Jean de Puniet, monje de Solesmes, ha dedicado a este tema un artículo corto muy interesante<sup>27</sup> y concluye que este Ángel es san Miguel. Lo deduce de la comparación entre el Apocalipsis donde se dice que un Ángel está de pie delante del altar con un incensario de oro<sup>28</sup> y la fórmula de bendición del incienso durante una misa solemne que precisa: “... Por la intercesión del bienaventurado Miguel Arcángel, que está a la derecha del altar del incienso”. De la misma opinión es el Cardenal Schuster: “El jefe de las milicias angélicas (san Miguel), se convirtió muy rápidamente en la liturgia, en el Ángel por excelencia, el santo Ángel mencionado en el canon de la Misa”<sup>29</sup>.

### **III. La Fiestas particulares en honor de los ángeles**

¿Es una paradoja de los místicos que son los únicos que pueden permitirse tales audacias? Leemos que santa Gertrudis –monja del siglo XIII– hizo esta oración<sup>30</sup> en la fiesta del arcángel san Miguel:

“Muy amado Señor, yo te ofrezco este admirable Sacramento en honor de los grandes príncipes de tu corte y para el aumento de

<sup>26</sup> *Sur Luc*, Lib. I, n. 68.

<sup>27</sup> *Revue Grégorienne*, mayo-junio 1938.

<sup>28</sup> *Ap* 8,1-15.

<sup>29</sup> SCHUSTER, Ildefonso, *Liber Sacramentorum*, t. IX, p. 314.

<sup>30</sup> *Le Héraut de l'Amour divin*, Trad. Wisques, Libro IV, cap 53.

su gozo, de su gloria y de su bienaventuranza’.

Los diversos coros de los ángeles llegaron a su vez para saludarla con respeto y agradecerle. Ejemplo perfecto de un alma que se ha hecho digna de la compañía de los ángeles y de la cual seguramente san Gregorio ha gozado (¡en el cielo!).

Ya es hora de hablar de las fiestas de aniversario de ángeles. Ciertamente la expresión no es apropiada y sin embargo para la fecha del 29 de septiembre, se lee en el Sacramentario leoniano y en el Martirologio jerónimo: *Natale Basilicae Angeli in Salaria*. Un manuscrito<sup>31</sup> dice “*in natale Angeli*”. Esto nos maravilla, aun cuando es conveniente entenderlo con discernimiento.

Las fiestas de san Miguel estuvieron ligadas ya sea a apariciones del bello Arcángel, ya sea al aniversario de la dedicación de una iglesia edificada en su honor y éste es el caso de la fecha del 29 de septiembre. “Verdadera y primitiva solemnidad romana en honor del príncipe de las milicias angélicas”<sup>32</sup>, esta fiesta, que se remontaría al siglo V, celebra la dedicación de la basílica del Ángel edificada en la Vía Salaria por el Papa Bonifacio IV. Carlomagno en el 813 (Concilio de Magencia) ordenó que fuera celebrada solemnemente en su reino. Entre las fiestas de san Miguel, el 8 de mayo conmemoraría una aparición del Arcángel en el Monte Gargano, en los alrededores de Siponto en Italia (siglo VI). Las piezas de la misa son las mismas para las dos fiestas. En el calendario actual, sólo ha sido conservada la fiesta del 29 de septiembre.

Si examinamos las lecturas y las oraciones de la misa y del Oficio del 29 de septiembre, vemos en seguida que se trata de una celebración en honor de todos los Ángeles. Las piezas antiguas de los manuscritos hacen referencia al salmo 102, 20: “¡Bendigan al Señor, todos sus ángeles, los fuertes guerreros que cumplen sus órdenes apenas oyen la voz de su palabra!”, así como en el cántico de Daniel: “*Ángeles del Señor, bendigan al Señor, a él la gloria y la alabanza por los siglos*”<sup>33</sup>. En el Oficio, la bellísima antífona *Angeli, archangeli...* enumera todos los Coros de estos espíritus bienaventurados, exhortándoles a alabar al Señor, lo que es conforme a las citas sálmicas. Paralelamente es evocado el combate de Miguel con el dragón según el relato del Apocalipsis. El Cardenal Schuster insiste en el papel primordial de san Miguel en la lucha contra Satanás. “La batalla

<sup>31</sup> *Lec. de Wurtzbourg*.

<sup>32</sup> SCHUSTER, Ildefonso, *op. cit.*, p. 313.

<sup>33</sup> *Dn* 3,58. Antífona de comunión.

librada antiguamente en el cielo después de la primera rebelión de Lucifer no es más que un episodio de una guerra larga y cruel que continúa a través de los siglos y que constituye la historia misma de la creación”<sup>34</sup>. Las aflicciones de nuestro tiempo no hacen más que confirmar esta visión y nos invitan a rezar más que nunca a este príncipe guerrero cuyo grito: *Qui ut Deus*<sup>35</sup>, se eleva como una espada luminosa frente a las fuerzas destructoras del mal. En el repertorio gregoriano, las que evocan con magnitud este misterioso combate son las antífonas del *Benedictus* y *Magnificat*.

Pero hay una pieza gregoriana particularmente bella y que debe llamar nuestra atención. Se trata del Ofertorio *Stetit*, especie de obra maestra que evoca la ofrenda del incienso según el relato del Apocalipsis. “El ángel estaba junto al altar del templo con un incensario de oro en la mano. Y le dieron una gran cantidad de incienso y el perfume del incienso subió hasta la presencia de Dios, *alleluia*”<sup>36</sup>. El cardenal Schuster admira la suave melodía gregoriana que penetra el alma y la eleva hacia pensamientos celestes<sup>37</sup>. Lo más llamativo en esta pieza es el silencio que se desprende. En una especie de recitado estático, el efecto es retenido hasta el despliegue sonoro del *Ascendit* para evocar la elevación de las oraciones y del incienso: *Ascendit fumus aromatum*. Este ofertorio representa, con el Responsorio *Duo Seraphim*, el punto culminante de lo que ha podido ser compuesto sobre los ángeles y estas dos piezas nos transportan, sobrecoídos, al umbral del misterio. Por cierto, podemos entretenernos en contar los ángeles, enumerarlos, pintarlos, pero tales cantos litúrgicos, fieles a la Escritura, nos hacen comprender que en realidad acercarse a los ángeles, es acercarse al Dios Santísimo delante del cual tiemblan los cielos y la tierra. Es preciso releer asiduamente y meditar estas visiones de Isaías y del *Apocalipsis* para dejar que nuestras almas se impregnen de “reverencia” según el término estimado por san Benito.

En cuanto a los Ángeles Custodios, eran festejados primitivamente con san Miguel, como todos los otros. Una segunda fiesta en su honor, separada de la del 29 de septiembre, no fue establecida sino en una época tardía. Ella es fruto de la devoción popular que ha comprendido admirablemente cómo el amor de Dios inflamando los espíritus angélicos les inspira una solicitud vigilante con respecto a sus hermanos los hombres.<sup>38</sup>

<sup>34</sup> Cfr. *op. cit.*

<sup>35</sup> *¿Quién como Dios?*

<sup>36</sup> *Ap* 8,3-4.

<sup>37</sup> *Op. cit.* en el 8 de mayo.

Pablo V en 1608 la fijó el primer día libre después de la fiesta de san Miguel. Fue fijada por el Papa Clemente X en 1640, el 2 de octubre, donde se ha mantenido.

San Gabriel, el ángel de la Anunciación, fue celebrado en Oriente desde el siglo V o VI el 26 de marzo, pero en Occidente su culto fue lento en introducirse y no se difundió sino en el curso de los siglos XIV y XV. En Bolonia, la iglesia de los Carmelitas estaba consagrada a san Gabriel y allí se lo festejaba el 24 de marzo. Un Misal del siglo XV atestigua que la fiesta del arcángel Gabriel era celebraba en Toulouse. Benito XV (1814-1922) extendió esta fiesta a Occidente en la fecha del 24 de marzo.

San Rafael, el ángel de la medicina y de los viajeros, se encuentra celebrada por un oficio acordado a la orden de Nuestra Señora de la Merced y en la ciudad de Venecia en 1671. Benito XV adopta la fecha del 24 de octubre y la extiende a la Iglesia entera.

#### IV. En el Ciclo litúrgico de los misterios de Cristo

Quisiéramos mostrar hasta qué punto los Ángeles están presentes en el ciclo litúrgico, como lo estuvieron en todos los misterios de Cristo.

A partir del Adviento, la liturgia nos pone en presencia de un ángel, haciéndonos meditar acerca de dos Anunciaciones, la dirigida a Zacarías, en el Templo de Jerusalén, y la de María, en la aldea de Nazareth. Varias antífonas del Antifonario evocan esta escena inefable en la que un ángel dialoga con una creatura: Gabriel frente a María<sup>39</sup>. Es éste propiamente el tiempo del Arcángel Gabriel, y el rezo cotidiano del *Angelus* a lo largo del año nos mantiene en presencia de este ángel de una cortesía tan exquisita. La perla de la liturgia que evoca la escena con una sobriedad digna de los frescos de Fra Angelico es la antifona *Missus est*, breve e inolvidable. Encontramos también en el himnario de Solesmes un bello *Responsorio* con el mismo texto.

En Navidad estalla el *Gloria* y la alegría tan fresca del anuncio angélico a los pastores. El oficio gregoriano de *Laudes* está enteramente construido sobre este relato que se complace en retomar. Es una especie de pastoral

<sup>38</sup> Cfr Hb 1,14: *¿Acaso no son todos ellos espíritus al servicio de Dios, enviados en ayuda de los que van a heredar la salvación?*

<sup>39</sup> El 25 de marzo, la fiesta de la Anunciación vuelve a tomar estas mismas antífonas.

gregoriana en la que ángeles y pastores se responden en un diálogo muy vivo. Sedulius, en su tan bello himno *A solis ortus cardine*, evoca a Gabriel:

*Enixa est puerpera  
Quem Gabriel praedixerat  
Quem matris alvo gestiens  
Clausus Ioannes senserat*<sup>40</sup>.

La Madre trae al mundo a aquel que Gabriel había anunciado, y que, por sus brincos en el seno maternal, Juan reconocía en su encierro.

Y dos estrofas más adelante:

*Gaudet chorus caelestium  
Et Angeli canunt Deo*<sup>41</sup>.

Los coros de lo alto se regocijan, y los ángeles cantan a Dios.

Un *Responsorio* de Vigilias de Navidad, jugando con la sonoridad de la palabra *Angelus*, describe también el anuncio a los pastores con un vuelo como de campanas. En el primer domingo de Cuaresma, la liturgia nos hace repetir el salmo 90, salmo citado en los Evangelios de la Tentación de Cristo. Ha permanecido como versículo repetido durante toda la cuaresma: *Angelis suis mandavit de te. / Ut custodiant te in omnibus viis tuis*. “Ha dado órdenes a sus ángeles. / Para que te guarden en todos tus caminos”. Además es reconfortante sentir esa presencia de los ángeles en este largo recorrido cuaresmal.

El Oficio de Pascua, así como el de Navidad, es una presentación musical del Evangelio y nos hace ver a este ángel blanco sentado sobre la piedra del sepulcro. ¿Su nombre? Nadie lo sabe. Se podría sospechar que el Ángel de la noche de Navidad no era otro que Gabriel, pero ¿el Ángel de la mañana de Pascua? Por otra parte son dos...

El día de la Ascensión, estos dos ángeles vuelven, vestidos de blanco y nos interpelan. “Hombres de Galilea, ¿por qué se quedan mirando al cielo?” *Viri Galilaei, quid aspicitis in caelum*.<sup>42</sup> Ahora bien, esa pregunta

<sup>40</sup> “La mujer embarazada ha dado a luz / al que fue anunciado por Gabriel, a quien Juan reconoció y saltó de alegría cuando estaba en el seno de su madre” (N. del T.).

<sup>41</sup> “Que se alegre el coro celestial, y que los Ángeles le canten a Dios” (N. del T.).

<sup>42</sup> *Hcb* 1,11.

que debería sumergirnos en la perplejidad se ha convertido en el leitmotiv de la liturgia de la Ascensión (*Introito, Ofertorio, antífonas, Responsorio*). Con la Ascensión se clausura el ciclo del gran tiempo de las fiestas del Señor. Pero la fiesta de la Trinidad retoma los himnos angélicos: “Bendito seas tú que te sientas sobre los Querubines”<sup>43</sup>.

En la fiesta de *Corpus Christi*, celebramos el Pan de los ángeles con el que Dios nos sacia.

Finalmente la suntuosa fiesta de Todos los Santos, en una magnífica antífona del *Magnificat*, enumera todos los Coros angélicos al lado de los Patriarcas, los Profetas, los Doctores, los Apóstoles, los Mártires, los Monjes, las Vírgenes. Es ése el triunfo de la Iglesia gloriosa en el que ángeles y santos están juntos, convertidos en intercesores para aquellos que todavía luchan. En cuanto a las antífonas de *Laudes y Vísperas*, ellas describen en una fiesta elocuente la adoración de la multitud incontable de pie delante del Cordero con los Ángeles alrededor. Ahora bien, María es la Reina de esta corte celestial –*Ave Regina caelorum, Ave Domina Angelorum*<sup>44</sup>, cantamos después de *Completas*–, ella que fue exaltada por encima de los cielos en el momento de la Asunción en presencia de los Ángeles muy gozosos, dice la liturgia. Muchas veces esta alegría de los ángeles se brinda a nuestra consideración, y el hermoso Introito *Gaudeamus omnes in Domino*, “Alegrémonos todos en el Señor”, cantado en varias fiestas de Nuestra Señora y de los santos, exhorta a unirnos a ellos para alabar al Hijo de Dios. *De cuius solemnitate gaudent angeli*, concluye el *Introito*: “de esta solemnidad se alegran los ángeles”, y nuestro primer deber es seguirlos en este movimiento de alegría adorante y exultante.

Cristo es la belleza de los ángeles, el Rey de los ángeles, a quien buscamos a través de las jerarquías seráficas. Más allá de sus alas resplandecientes, es sólo a Jesús a quien adoramos, en el seno de la bienaventurada y tranquila Trinidad. Él está en el centro del cuadro.

Escuchemos nuevamente a san Francisco de Sales exhortar a su Filotea: «Unamos nuestros corazones a estos espíritus celestiales y almas bienaventuradas; como los pequeños ruisñores aprenden a cantar con los grandes, así por el sagrado intercambio que haremos con los santos, nosotros sabremos rezar mejor y cantar las alabanzas divinas: “*Salmodiaré* –decía David– *en presencia de los Ángeles*”<sup>45</sup>.

Tomemos pues la costumbre de rezar, de adorar, de alabar y tam-

<sup>43</sup> *Dn* 3,52-56.

<sup>44</sup> *Salve, Reina del Cielo. Salve, Señora de los Ángeles.*

<sup>45</sup> *Op.cit.*, cap XVI.

bién de cantar con los ángeles para, de pequeños ruiséñores, convertirnos en grandes cantores del Amor Divino.

*Abbaye Notre-Dame du Pesquié*  
*F-09000 Foix*  
*FRANCIA*